

LORCA LITERARIA

SUMARIO

Sin-akhí-erib, por D. CARLOS BARBERAN RODRIGO.—Á mi distinguida amiga C. A., por D. A. ESPEJO.—Lo prehistórico en Lorca, por D. FRANCISCO CÁNOVAS COBEÑO.—Recuerdos del día 1.º de Noviembre de 1882, por DON ANTONIO ROS ROMERO.—Perfiles teatrales, por DON BRAULIO MELLADO.—¡Pobre Célia!, por D. J. RUBIRA.—A Toledo, por D. GUILLERMO GABALDÓN.

Sin-akhí-erib

NARRACIÓN HISTÓRICA

III

Hacia ya mucho tiempo que había cerrado la noche, y Samuel, el padre de Jobad, recorría con agitados pasos el largo vestíbulo de la suntuosa morada que extramuros de Ninua habitaba. Una vaga inquietud dibujábase en la dulce y serena fisonomía del venerable anciano, y tristes presentimientos amargaban su corazón por la tardanza de su hijo. Varios de sus servidores habían salido en busca de Jobad, y habían vuelto sin noticias suyas. El anciano, á pesar de su inquietud, procuraba alentar una esperanza fundada, no solo en su posición oficial, sino en las buenas relaciones que existían entre vencedores y vencidos.

La condición de los israelitas trasportados á Asiria después de la caída de Samaria, no podía ser más tolerable. Como había dicho Jobad á Atosa, eran muy útiles al vencedor, el que no podía temer de su parte una revuelta. Y no porque los de-

fensores de Samaria fueran débiles y cobardes; todo lo contrario habían demostrado, durante los tres años de terrible resistencia contra el poder reunido de Asiria, dirigido por uno de sus más hábiles y valientes generales, por Sar-kin, que durante el sitio, destronado que fué Salmanu-asir, se vió elevado por el ejército á la dignidad real.

Pero es, que los israelitas, mientras defendieron su territorio, mientras combatían por su independencia, luchaban como leones uno contra ciento; pero ya vencidos, llevados al cautiverio, recordaban sus infidelidades á Jehovad, el menosprecio de su ley, la idolatría en que habían caído, y las abominaciones á que se habían entregado, comprendían lo justo del castigo, y sufrían resignados el yugo extranjero, sin hacer esfuerzo alguno por romper las cadenas que los aprisionaban, procurando hacerse acreedores á la ansiada libertad, con el fiel cumplimiento de la ley, tantos años olvidada.

Aún resonaban en sus oídos las terribles palabras del profeta Amós, que les decían: «La casa de Israel cayó, y no volverá más á levantarse.—Yo haré que seáis trasportados más allá de Damasco, dice el Señor, cuyo nombre es Dios de los ejércitos.—Mas hé aquí, oh casa de Israel, que yo levantaré contra vosotros una nación, dice el Señor Dios de los ejércitos, la cual acabará con vosotros desde la entrada de Emat, hasta el torrente del desierto». (1) Y al lado de ellas, las consoladoras de Oseas:

(1) *Amós*. Cap. V. v. 1-27. Cap. VI. v. 15. Versión de D. Félix Torres-Amat.